

MÉXICO Y EL CARIBE: SU RELACIÓN EN EL SIGLO XIX.

Mesa: HIS 37 México y sus relaciones históricas con el Caribe y el Brasil

**Laura Muñoz M.
Instituto Mora
México**

Prepared for delivery at the 1997 meeting of the Latin American Studies Association, Continental Plaza Hotel, Guadalajara, México, april 17-19, 1997.

**XX INTERNATIONAL CONGRESS LASA97
GUADALAJARA, ABRIL17-19.**

MÉXICO Y EL CARIBE: SU RELACIÓN EN EL SIGLO XIX.

Laura Muñoz M.
Instituto Mora
México

Introducción

Una vez lograda la independencia de México, los nuevos gobiernos tuvieron como tarea fundamental defender la soberanía, mantener la integridad del territorio y proteger “las desiertas y dilatadas costas del Seno” de ataques enemigos,¹ esto no sólo mientras la independencia no fue reconocida, sino en las diversas ocasiones, en las que aquellas fueron amenazadas. La defensa encerraba problemas complejos: la gran dimensión del territorio que imponía para su ocupación abundantes recursos humanos y materiales; la concentración de la fuerza militar y económica en la altiplanicie meridional, flanqueada por macizos montañosos y sin ríos navegables; la extensa superficie norteña, prácticamente despoblada y acechada por vecinos codiciosos; los enormes litorales que no contaban, en general, con buenos puertos, la inexistencia de una verdadera flota naval y la insuficiencia de recursos económicos. En cambio, poseía terrenos deseables y áreas útiles para intentar la comunicación entre los dos océanos y se encontraba, además, al lado de una zona geoestratégica que constituía su puerta de entrada natural.

Al principio esa zona fue el escenario donde cobraron forma los temores frente a una España que perseveraba “en probar fortuna contra México”, y donde, más adelante, se manifestaron los anhelos expansionistas de otras potencias. Por lo tanto, la posición mexicana hacia el Caribe, a lo largo del siglo, no estuvo vinculada solamente a la amenaza española, respondió también, a la de los intereses de otras potencias con colonias en la región, como Inglaterra o Francia y, de manera constante, a las ambiciones de los Estados Unidos. Así, aunque Cuba ocupó, sin lugar a duda, un lugar privilegiado en la atención de los distintos gobiernos mexicanos, el resto de las islas del llamado mediterráneo americano nunca fue desatendido.

¹ **Cfr.** *Memoria que el Secretario de Estado y del Despacho de Marina presenta al Soberano Congreso Constituyente Mexicano leída en sesión pública de 13 de noviembre de 1823.* México, Imprenta del Águila, 1823. p. 1-7.

Vale la pena señalar que cuando se habla en este trabajo de Caribe se está haciendo referencia al mar, el golfo-Caribe -que hizo posible la comunicación, el tráfico y marcó el ritmo de la vida- y al archipiélago de islas que se extiende desde las penínsulas de la Florida y Yucatán hasta Venezuela, pero no están considerados los litorales, a excepción de Belice, única frontera terrestre de México con el área caribeña.

Por razones obvias, los estudios que abordan las relaciones de México con el mundo en el siglo XIX, han dado prioridad a las establecidas con Estados Unidos y con Centroamérica. Recientemente se ha empezado a vislumbrar el lugar que ocupó el Caribe en la concepción de una política exterior, entendida como defensa de los intereses nacionales en el ámbito internacional, en tanto constituía lo que apenas en la década pasada se reconoció oficialmente como tal, su tercera frontera.²

Durante todo el siglo XIX, el interés oficial de México por la región caribeña se manifestó en dos ámbitos: el político y el económico. El primero, al que nos referiremos en estas páginas, estaba relacionado con la necesidad de contar con una zona de frontera, amortiguadora, en la que también, como en tierra firme, se definía la seguridad nacional. El segundo, tenía que ver con la urgencia de mantener despejadas las vías de tráfico marítimo y comercial.

Mi propósito es estudiar la actitud mexicana hacia esa frontera oriental, sus características, éxitos y limitaciones, en una perspectiva temporal amplia -de 1821 a 1898- que permite dar una idea de conjunto, pero he escogido tres ejemplos en los que se manifestó variación en las estrategias: de la participación activa a la neutralidad, del compendio de informes a las acciones diplomáticas.

El primero de los ejemplos se sitúa en la década de los años veinte, recién lograda la independencia mexicana; el segundo, a mediados de siglo, después de la invasión del ejército norteamericano cuando el país enfrentaba la derrota y carecía de recursos; y el tercero, a finales de siglo, cuando la expansión norteamericana amenazaba desplazar a los otros poderes de la región caribeña.

El interés de México en la independencia de Cuba

Como la presencia española en Cuba intimidaba la independencia y la seguridad de México y se creía que la superioridad marítima de aquella podía “mantener a la República en agitación y embarazar al gobierno paralizando los giros” económicos y haciéndole erogar enormes gastos,³ una de las primeras

² Laura Muñoz *El interés geopolítico de México por el Caribe como espacio regional en el siglo XIX*. Tesis de Doctorado, México, FCPYS-UNAM. 1996. 307 p. y Gabriela Pulido *Aproximaciones a la política exterior del porfiriato. La gestión diplomática de Andrés Clemente Vázquez en Cuba*, México, Tesis de Licenciatura, FFYL-UNAM, (en proceso).

³ Pablo Obregón a Lucas Alamán en *México y Cuba dos pueblos unidos en la historia*. México, Centro Jorge L. Tamayo, 1982. p. 53.

preocupaciones de los gobiernos mexicanos, al iniciarse la vida independiente, fue colaborar en la emancipación de la isla para evitar que se organizaran o abastecieran en ella expediciones militares de reconquista.⁴ En ese esfuerzo, se dio cobijo a los patriotas cubanos y se alentó su asociación, se apoyaron expediciones militares a la Antilla e, incluso, se aprobaron cantidades de dinero para “gastos secretos, ejecutivos y de grande importancia y utilidad al servicio de la república”.⁵ No obstante, más allá de esto no se llegó. No existían ambiciones intervencionistas ni anexionistas. Al no hacerse realidad o al fracasar los planes de reconquista españoles, la conservación de la independencia se logró.

Pero mientras tanto, siguiendo la tradición colonial, los nuevos gobiernos mexicanos enviaron al exterior a sus agentes, que podían ser de diferentes tipos. En misión diplomática, había enviados extraordinarios y ministros plenipotenciarios, agentes especiales y encargados de negocios, que se desempeñaban en las cortes europeas, frente a los gobiernos de Estados Unidos y de otros países independientes, buscando el reconocimiento, empréstitos y recopilando información. Había otro tipo, que correspondía a los agentes secretos, quienes se avecinaban en algunas islas o puntos estratégicos de tierra firme, e informaban de todo lo que sucedía o se rumoraba. En estos primeros años, todo lo relacionado con las intenciones de reconquista, y con los movimientos de corsarios o el tráfico de esclavos y de otras mercancías.

Ambos tipos de agentes, oficiales o secretos, cumplían con una labor informativa importante, al mismo tiempo que transmitían sus propias reflexiones en las que analizaban la situación de México en el contexto regional, daban pautas a los responsables del despacho de relaciones exteriores y ofrecían elementos de gran utilidad para normar la posición mexicana.⁶

No escapó a ellos, por supuesto, la importancia de Cuba para la seguridad e interés de México. En uno de esos informes podemos descubrir una muestra de una percepción geopolítica⁷ cuando el autor expone las razones por las cuales México no debía descuidar la situación en la isla, porque está situada a la entrada del golfo de México

⁴ Así lo testimonia la correspondencia de los encargados de Relaciones Exteriores de México con los enviados a Estados Unidos (Pablo Obregón), a Colombia (José A. Torrens), a Nueva Orleans (Francisco Pizarro) y a Haití (José I. Basadre) o los informes de los enviados secretos como Feliciano Montenegro. Véase también Luis Chávez O. *Un esfuerzo de México por la independencia de Cuba*, México, SRE, 1930 y Yolanda Juárez “Dos intentos de apoyo a la independencia de Cuba desde México” en *El Caribe en la encrucijada de su historia*, México, UNAM, 1993, (Panoramas de Nuestra América 8).

⁵ Primera Secretaría de Estado, Departamento del Interior a Hacienda, 24 de julio de 1828. Fondo CCXVIII, CONDUMEX. (colección de 256 documentos que reúnen los informes de Montenegro y la correspondencia con el Ministro de Guerra y Marina, Manuel Gómez Pedraza).

⁶ **Cfr.** José Miguel Villaseñor B. *La labor informativa de la legación mexicana de Washington, 1822-1844*. Tesis de Licenciatura, México, FFYL-UNAM, 1997.

⁷ Uso el término geopolítica -aunque en la época no fuera usado- en cuanto indica un enfoque que da significación a la ubicación geográfica y a su influencia en el desarrollo de una política exterior.

por donde salen todos los productos de una parte de la Costa Firme, de Honduras, de los estados que componen esta Federación [la mexicana] y de los de la Unión Angloamericana que bajan por el Mississipí y aun muchos de los de Jamaica,

y recuerda que

es uno de los puntos del globo cuya importante posición deben y han ambicionado siempre las naciones comerciantes, porque conocen cuánto vale su situación para dominar exclusivamente el tráfico de la mayor y más rica parte de la América⁸

e incluye, entre otros, datos acerca de la población, economía, recursos militares.

En medio de esos informes acerca de la riqueza de la isla se va introduciendo la información necesaria para preparar una invasión militar -que se sugiere sea transmitida al comandante Porter, encargado de la escuadra mexicana que recorría el Seno procurando dañar el comercio español-. Se describen con detalle las costas de la isla, sus embarcaciones, la ubicación de los apostaderos de fuerzas útiles, cayos, entradas y salidas peligrosas o apropiadas, los puertos de poco calado y se advierte que “la empresa de ocupar la isla de Cuba es no sólo peligrosísima, sino también difícil de llevar a cabo”.⁹ Sin embargo, el autor del informe, el colombiano Feliciano Montenegro, confiado en que ésta se lograría ofrece, en otras cartas, varios planes para llevarla a cabo.¹⁰

Montenegro, uno de esos agentes secretos que estuvieron al servicio del Ministerio de Guerra y Marina de México, llevó a cabo una excelente labor de información, de mayo de 1827 y hasta casi finales de 1828, a través de su correspondencia *reservada, muy reservada* y, en algunos casos, *cifrada*.¹¹ La región que observaba: “los puertos y territorios circuidos por el mar de las Antillas y del rico Seno mexicano”,¹² era muy amplia. Podría dividirse en varias subregiones en las que destacan los informes de las áreas comprendidas en los triángulos Campeche-Habana-Nueva Orleáns y Caracas-islas de Barlovento-Nueva Orleáns. La mayoría de sus cartas se refieren a las posibles invasiones españolas a tierras americanas, sobre todo, a las posibles expediciones contra México.

Entre sus actividades podía proponer la incorporación de otros agentes (por ejemplo en Santo Domingo para “que entablare y adelantare buenas relaciones

⁸ *Idea general de la isla de Cuba*. Reporte de Feliciano Montenegro, 28 de septiembre de 1827.

Op. Cit.

⁹ *Ibid.*

¹⁰ Feliciano Montenegro a Secretario de Estado y Ministro de Guerra y Marina, 7 de noviembre de 1827, *ibid.*

¹¹ Feliciano Montenegro, *ibid.*

¹² Feliciano Montenegro a Secretario de Estado y del Despacho de Guerra y Marina, 17 de octubre de 1827, *ibid.*

con la parte oriental de Cuba” y otro en Jamaica¹³) pero, fundamentalmente, se dedicaba a todo lo relativo “a facilitar la emancipación de la isla de Cuba”,¹⁴ pues mientras no fuera independiente, “la suerte de México no podríala considerarse absolutamente asegurada”.¹⁵

Por su contigüidad, Puerto Rico merecía la misma atención que Cuba, pero se pensaba en México para independizar a “la mejor de las Antillas” y que “esta nación sea la única ejecutora de la empresa”¹⁶ y en Colombia, para que apoyara la de Puerto Rico.

Algunos autores han pretendido ver ambiciones expansionistas en este interés por intervenir en la independencia antillana¹⁷, sin embargo, el origen de esta actitud, según revelan los documentos, respondía exclusivamente a la necesidad de contribuir a procurar seguridad al nuevo país.¹⁸ Las ideas acerca del “engrandecimiento y seguridad de la República” están expresadas constantemente en las notas enviadas.

Desde esa época, encontramos ejemplos de la labor complementaria de la prensa mexicana, que se ocupó de formular o reproducir comentarios en los cuales se analizaba la situación regional y las posibles alternativas que podría tener la política mexicana.¹⁹

En 1836, al obtener el reconocimiento español a su independencia, México cambió inmediatamente su posición frente a Cuba. Una vez firmado el tratado defendió, ante todo, la neutralidad y la no intervención en los asuntos domésticos, al mismo tiempo que dió paso a una nueva estrategia, la diplomática, que estuvo a cargo de los cónsules mexicanos en la isla.

¹³ Montenegro a Gómez Pedraza, 16 de febrero de 1828, *ibid.*

¹⁴ Feliciano Montenegro a Secretario de Estado y del Despacho de Guerra y Marina, 28 de septiembre de 1827, *ibid.*

¹⁵ Cubanos a Secretario de Estado y del Despacho de Guerra y Marina, 20 de octubre de 1827.

¹⁶ Muy reservada. Ministerio de Guerra y Marina a Feliciano Montenegro, 24 de julio de 1828. *ibid.*

¹⁷ Rafael Rojas “La independencia de Cuba desde México”, Anuario de la Academia Mexicana de la Historia, 1992.

¹⁸ Así lo expresa Lorenzo de Zavala *Ensayo histórico de las revoluciones en México desde 1808 hasta 1830*. T I, México, SRA-CEHAM, 1981. P. 295; José María Bocanegra *Memorias para la historia de México independiente 1822-1846*. Tomo II, México, Imprenta del Gobierno Federal en el Ex-Arzobispado, 1892, 852 p. y una nota en *El Veracruzano libre*, Veracruz, 9 de octubre de 1827, coincide en lesa visión: “Poseyendo México este respetable antemural sería diferente su suerte y su situación política variaría muy en su provecho: probablemente Cuba sería el teatro de las guerras que México tuviese que sostener contra la Europa, como que allí están sus puertas y no podría prescindirse de ella para entrar al continente, ni sería prudencia encerrarse en un saco o seno rodeado de enemigos por todas partes, a dos mil leguas de sus recursos. Y ¿es poca ventaja tener un país separado por los mares en donde rechazar los esfuerzos de las armas enemigas conservando el continente en la quietud, la tranquilidad y la seguridad?”

¹⁹ Por ejemplo, *El Veracruzano Libre*, Veracruz, 24 de septiembre de 1827.

Una nueva estrategia: la actividad consular

Al iniciarse los años cincuenta, amenazada la integridad del territorio, cercenada la mitad de su extensión y con el temor de una nueva incursión norteamericana, el gobierno de Antonio López de Santa Anna procuró “poner a la República bajo un pie conveniente de defensa” para lo cual trató de “organizar un ejército respetable, que cubriendo las costas y fronteras y sosteniendo la paz y el orden, hiciese considerar a la nación para con su vecina la de los Estados Unidos, que no cesaba de maquinarse contra la nacionalidad de México”.²⁰

Sin embargo, la respuesta que México ofreció en el marco de una concepción militar como recurso para defender su integridad, soberanía e independencia fue desplazada por una campaña diplomática y de fomento y cuidado de las relaciones comerciales.

Uno de los objetivos que se perseguía era persuadir a las naciones europeas de la conveniencia de conservar el *status* político en América y “contener a todo trance las pretensiones de los Estados Unidos”. Se pretendía

poner coto a los conatos de anexión por no decir absorción, demostrados con insolente constancia por el pueblo de los Estados Unidos, ya sobre el territorio de la República en general, y principalmente sobre la parte norte de ella, que constituye la llamada Sierra Madre, ya sobre la rica colonia o provincia española, titulada isla de Cuba amagada constantemente por expediciones filibusteras [...]²¹

a través de una alianza defensiva entre México y España, que apelando a la coincidencia de intereses, “pusiese a cubierto la nacionalidad de la primera y asegurase a la segunda su posesión de la isla de Cuba contra las agresiones que ambas recibían de los Estados Unidos”²² y que, además, se mantuviera la libre navegación del golfo de México.²³ Buenaventura Vivó, quien se desempeñaba como cónsul en La Habana, fue designado Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario ante Su Majestad Católica para negociar el tratado de alianza.

Según Vivó, el gobierno mexicano intentaba que

²⁰ Buenaventura Vivó *Memorias* Madrid, imprenta Rivedeneyra, 1856. p. 75. Incluso se pensó en la contratación de oficiales extranjeros que “alentasen el espíritu marcial” de la institución militar.

²¹ *Ibid.* p. 55.

²² *Ibid.* p. 97. En el primer punto de la propuesta redactada por el gobierno mexicano se establece que “Para asegurar la nacionalidad e independencia futura de la república mexicana, la integridad de su territorio y la posesión a la corona de España de sus Antillas, especialmente la isla de Cuba, se prestarán ambas potencias auxilios mutuos de fuerza armada, buques, municiones, etc.”, p. 80.

²³ *Ibid.* p. 53.

en el nuevo mundo se sostuviese el equilibrio político, buscando por lo concerniente a la República apoyos exteriores tanto en España como en Francia e Inglaterra, cual [...] correspondía a las elevadas miras de un gobierno previsor, a fin de defender la amenazada integridad de su territorio, como indudablemente lo exigían los intereses y la dignidad de México [...]²⁴

Se pensaba que también podría utilizarse el apoyo de los gobiernos hispanoamericanos, porque los “proyectos de los Estados Unidos sobre Nicaragua, Santo Domingo, Panamá y sus recientes diferencias con el Perú no dejaban gran lugar a vacilaciones”.²⁵

En esas circunstancias, no escapaba a la “ilustración y sagacidad” de los ministros mexicanos de Relaciones Exteriores, la evidente importancia estratégica de la región caribeña, las repercusiones que habría en México con cualquier cambio en ella, el peligro de que Estados Unidos controlara o poseyera puntos de importancia militar como ciertas bahías o la isla de Cuba. Los textos del Ministro dejan ver la enorme preocupación que causaba una posible anexión de Cuba a los Estados Unidos, y un editorial, de la prensa capitalina de la época, lo expresa abiertamente en los siguientes términos:

Apenas puede haber, entre las cuestiones de política exterior, alguna que interese tanto a México como la de Cuba. Su suerte está tan ligada con la de nuestra república [...] Basta para persuadirse, echar una mirada sobre la carta del golfo de México, cuya llave es aquella isla [...] El interés político de México no puede ser otro sino que esta isla importantísima esté en manos de una potencia que teniendo fuerzas suficientes para sostener su dominación no tenga pretensión alguna de extender ésta al continente vecino que por sus mismos intereses y aun por sus afectos y recuerdos tenga el deseo de que México prospere y que ya que México no tiene elementos algunos para ser una potencia marítima, conserve con imparcialidad en sus manos la llave [...]²⁶

Frente a Cuba, “el principal y más importante centinela avanzado” de la República, la posición mexicana fue muy clara: si aquella era adquirida por los Estados Unidos “amenazaría más inminentemente la seguridad de México”, así que para la República era de vital importancia que ninguna potencia discutiera “los innegables e incuestionables derechos de España a la posesión de Cuba”.²⁷

²⁴ *Ibid.* p. 18.

²⁵ *Ibid.* p. 63.

²⁶ *El Siglo XIX*, México, 30 de agosto de 1851.

²⁷ *Ibid.* p. 57.

Además de la situación de esa isla, también estaba presente en los planteamientos de los encargados de diseñar una política hacia el Caribe, que el comercio marítimo mundial requería del aprovechamiento de la brevedad de las comunicaciones de un océano a otro que ofrecía el istmo centroamericano y que, en ese escenario, Cuba y las otras islas podían proteger u obstruir las líneas de comunicación, y por último, que las ambiciones norteamericanas por Tehuantepec materializaban, en el territorio mexicano, el interés por encontrar un camino corto entre los dos océanos.

El resultado de la suma de esos elementos fue que se llevaran a cabo diversas acciones en las islas Antillanas. Por una parte, continuó la labor de espionaje y la costumbre de establecer redes informativas heredadas de antaño, que fueron de utilidad durante la invasión norteamericana y aun después de ella, por las permanentes “miras ambiciosas de los Estados Unidos” hacia toda la región.

Como cónsul en La Habana, de 1846 a 1852, Buenaventura Vivó tuvo entre sus responsabilidades establecer una red de agentes que debían proporcionar información acerca de los movimientos de filibusteros en contra de México, de las intenciones de los Estados Unidos, y de todo aquello que pudiera dañar a México, además de ocuparse de comprar armamento y de reclutar voluntarios para defender a la nación mexicana.²⁸

El énfasis oficial se puso, no obstante, en los medios diplomáticos como base para diseñar una estrategia de defensa. El número de consulados y viceconsulados en las islas que guardaban la entrada del golfo de México, se incrementó aprovechando recursos humanos y financieros locales. Móviles políticos y económicos fueron los que dictaron las actividades.²⁹ Los protagonistas fueron los comerciantes locales que unieron sus intereses particulares a los de la república y mediante su labor consular hicieron coincidir los intereses estatales con los particulares. En puntos estratégicos, como La Habana (y las metrópolis europeas por ejemplo), hubo personal mejor entrenado y con sólidos conocimientos en derecho internacional e idiomas, lo que podríamos llamar personal diplomático de carrera, que pasaba su vida al servicio de la Secretaría de Relaciones Exteriores y desde su puesto ayudaba a normar la conducta de México en el exterior.

Contrarrestando la falta de una marina adecuada que cuidara la gran extensión de litorales mexicanos y el acceso por la costa oriental, las oficinas consulares caribeñas fueron primordialmente centros recolectores de información, tanto de la situación interna de las islas como de los cambios que ocurrían en la región y permitieron al gobierno nacional tener una presencia en la zona. Aunque su establecimiento respondió a una concepción esencialmente defensiva, no por

²⁸ **Cfr.** Laura Muñoz “Los cónsules mexicanos en La Habana; su visión geopolítica y la defensa del interés nacional” trabajo presentado en **2a. Conferencia de las Américas**, Puebla, UDLA, 27 de febrero de 1997.

²⁹ Además de la información política al gobierno mexicano le interesaba mantener despejadas las rutas del comercio con Europa y Estados Unidos. De las mercancías que salían y entraban por las aduanas del golfo se recaudaban ingresos importantes para el erario nacional.

ello podríamos calificar como pasiva a la estrategia seguida por los gobiernos mexicanos.

Por otra parte, la práctica de establecer esas oficinas con el objetivo primordial de enviar información, así como tratar de controlar en lo posible el tráfico ilegal de mercancías en el golfo-Caribe, constituye, también, una muestra de una percepción geopolítica, de la misma manera que lo es la atención de México al crecimiento, riqueza y expansión de los Estados Unidos y de lo que esto significaba para su propio desarrollo y para la relación con sus vecinos.

A excepción de la oficina consular de La Habana, se acostumbraba abrir primero agencias comerciales -práctica iniciada con la de Martinica ya en los años veinte- que se transformaban con el tiempo en consulados o viceconsulados. Por la correspondencia, que se dividía en oficial y confidencial, sabemos que había consideraciones previas para la elección del lugar apropiado para ubicarlas.

Las representaciones consulares fueron establecidas en ciudades-puertos de importancia comercial, política y estratégica. Al observar en el mapa los lugares donde se encontraban, se tiene la idea de que México organizó el espacio caribeño como parte de una frontera compleja de la que dependía su seguridad, pero lo sorprendente es que el escenario colonial se mantuvo, ahí donde antes se escogió construir fuertes que cuidaran los pasos del Atlántico a la tierra continental, se establecieron los nuevos puestos de vigilancia. La Habana, Puerto Rico y el rosario de islas desde la península de Florida hasta la costa venezolana, fueron las sedes de las flamantes oficinas. Es decir, los puertos y las rutas marítimas marcaron los puntos claves desde la perspectiva estratégica en los que se llevó a cabo la actividad diplomática y consular.

La ruta comercial del Caribe fue de fundamental importancia para México, pues por ahí cruzaban los circuitos mercantiles. Las vías de comunicación Europa-América, que cruzaban el Atlántico bajando a la altura de las Canarias, entraban por el canal de Mona o el Barlovento, y al regreso pasaban por La Habana para salir al océano por el canal de las Bahamas y llegar al continente europeo aprovechando la corriente del Golfo. Desde esta perspectiva, los puertos más importantes fueron Kingston y La Habana y después Martinica, Curazao y Santo Tomás,³⁰ y en todos ellos hubo una oficina consular.³¹

En esos años, se sumaron al consulado de La Habana, en la isla de Cuba, los viceconsulados de Matanzas, Puerto Cárdenas, Trinidad y Santiago. En Puerto Rico funcionaba una oficina en San Juan; Santo Tomás contaba con la de Charlotte Amalie; Martinica con la de Fort Royal; y la colonia británica, al sur de México, con la de Belice.

En los años de la posguerra, la prensa de la capital mexicana continuó con su labor de alerta a la opinión consciente de la población mexicana, señalando todos los peligros que acechaban a México en caso de que ocurrieran cambios en las posesiones coloniales del Caribe. A diferencia de los documentos

³⁰ Inés Herrera Canales *El comercio exterior de México, 1821-1875*. México, El Colegio de México, 1977. 194 p.

³¹ Laura Muñoz, *El interés... Op. Cit.*

oficiales, las fuentes hemerográficas proporcionan reflexiones y análisis completos que son excelentes muestras de la existencia de una concepción muy clara que consideraba las condiciones objetivas del país, los peligros que lo amenazaban y las posibles soluciones que podían presentarse.³²

México y el Caribe al final del siglo

En la última década del siglo se reactivó la atención de México hacia el Caribe, determinada por la política mexicana hacia su vecino norteamericano y por la agresiva presencia en la región de Estados Unidos, que logra convertirse en el poder hegemónico del área. Esos años finiseculares fueron de auge en las relaciones con las islas caribeñas. Durante ellos hubo un gran número de representaciones consulares y viceconsulares en Cuba, Haití, República Dominicana, Jamaica, Belice, Puerto Rico, Santo Tomás y Martinica.

Al gobierno porfirista le interesaba mantener libres las rutas marítimas y comerciales y, sobre todo, tener cierto ascendiente entre los regímenes de la región que le permitiera negociar en términos menos desventajosos con Estados Unidos y mantener la neutralidad de la zona para que el país no fuera amenazado desde ahí. La actividad política de México tendía, a buscar “el equilibrio de poder más favorable a su seguridad”.³³

Para enfrentar las relaciones de poder en el área y promover sus intereses, el gobierno mexicano recurrió al ejercicio de una buena diplomacia esgrimida por sus cónsules y vicecónsules esparcidos por la región antillana. Las representaciones consulares reforzaron su carácter de puestos de información y dieron al régimen porfirista la oportunidad de tener una presencia en la zona.

La situación de Cuba fue, nuevamente, motivo de gran preocupación para México. El movimiento de independencia iniciado en 1895, suscitó temor frente a las posibles acciones de Estados Unidos. Entonces, el gobierno llevó a cabo diversas estrategias a nivel internacional y nacional, enarbolando siempre la defensa de la neutralidad y la no intervención en los asuntos isleños, aunque su práctica fuera otra. Primero apoyó a los cubanos independentistas, y después, cuando vio su causa perdida y más cercano el peligro injerencista norteamericano, a España. A nivel internacional, destacó la labor diplomática de sus representantes, especialmente en la mayor de las Antillas, mientras al interior del país, fueron significativas las campañas periodísticas que al parecer fueron impulsadas por el gobierno. Una proponía la anexión de Cuba a la república y fue intensa en el primer año del conflicto, y la otra, defendía la permanencia española en su colonia e invitaba a fortalecer los lazos y la

³² “¿Cuál debe ser nuestra política exterior?”, *El Siglo XIX*, México, 8 de agosto de 1851. La propuesta de la prensa de estrechar las relaciones y unir fuerzas con todas las repúblicas (hispano)americanas o de solicitar el apoyo de otras naciones más fuertes, antecedió al nombramiento de Buenaventura Vivó, encargado de buscar una alianza defensiva, basada en la existencia de intereses coincidentes, una cultura y una raza comunes.

³³ Como dijera Daniel Cosío Villegas en la relación hacia Centroamérica, *Historia moderna de México, Vida política exterior*, Tomo VI, México, Edit. Hermes, 1988. p. XXIX

afinidad de intereses de México con la madre patria y aumentó su intensidad conforme el movimiento independentista se convirtió en un conflicto hispano-norteamericano.³⁴ Ninguna fue abiertamente oficial, México siempre sostuvo su carácter neutral y su amistad con los dos países en conflicto.

Aunque esas campañas se realizaban a nivel interno, tenían un objetivo internacional. La primera era un mensaje para Estados Unidos, un ardid político, y la segunda, un elemento para sustentar una alianza con España con objeto de revivir la tradicional política de recurrir a los contrapesos para enfrentar a la creciente influencia regional de Estados Unidos.

En ese contexto resulta de mayor interés la labor del cónsul en La Habana, don Andrés Clemente Vázquez, un apasionado político, interesado en servir a los “altos intereses de la política exterior de México”³⁵ y prolífico escritor de largas y frecuentes cartas en las que aconsejaba impulsar una política agresiva hacia la zona antillana, para proteger el bienestar nacional y cuidar los intereses regionales de México, aduciendo los derechos que éste país tenía por su cercanía a la isla.³⁶

La preocupación central del cónsul consistía en lograr que México fuera tratado en un rango de paridad con otros países y que la imagen de su gobierno estuviera de acuerdo con su desarrollo económico, social y político. Creyó que una manera de lograrlo era impulsando una campaña publicitaria, tanto en la esfera oficial como en los diarios locales aprovechando su posición de Decano consular. Su objetivo fundamental era crear una esfera de influencia basada en la comunidad de cultura, historia, lengua e intereses entre Cuba y México.

En cuanto a la idea de anexar la isla a México, Vázquez fue muy cauteloso. En público siempre defendió lo inviable de la propuesta, pero en privado manifestó su simpatía. Toda mención al respecto desapareció ante la transformación del proceso de independencia en una guerra interimperial por el dominio de la isla. La correspondencia consular se encaminó entonces a recomendar la intensificación de la actividad comercial con Cuba, pues a “México no habría de convenirle que los Estados Unidos únicamente fueran los que pactasen con España y los cubanos”.³⁷ Vázquez, en una de sus cartas escribe

México no puede ni debe dormirse o descuidarse. El águila americana en secretos pactos con el leopardo inglés, se quiere coger las primicias del mundo de Colón y nosotros [México...] somos ya

³⁴ *Cfr.* Laura Muñoz “Neutralidad o anexión: México ante la independencia cubana, 1895-1898” en Ana Rosa Suárez *et al*, *Pragmatismo y principios: la relación conflictiva entre México y los Estados Unidos, 1810-1942*. México, Instituto Mora-CONACYT, (por publicarse).

³⁵ A.C. Vázquez a Ignacio Mariscal, 21 de febrero de 1896. Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores (en adelante AHSREM), Exp. LE 2266, f. 291.

³⁶ A. C. Vázquez a Ignacio Mariscal, 24 de mayo de 1897, AHSREM, Exp. LE 523, f. 44 y 2 de marzo de 1896, AHSREM, Exp. LE 518, f. 7-8.

³⁷ A. C. Vázquez a Ignacio Mariscal, Libros Copiadores del Consulado de México en La Habana, Archivo General de la Nación, L-(729.1-5) 20.

bastante poderosos para reclamar un puesto primordial en el banquete de la venidera civilización de este hemisferio.³⁸

Sin embargo, todo optimismo debió abandonarse. 1898, con la ocupación norteamericana de Cuba tras la guerra con España, indica el comienzo de la hegemonía estadounidense en el espacio caribeño y la retirada de México, en los asuntos de la zona, por algunas décadas.

Conclusiones

Por su importancia estratégica y geopolítica, la región caribeña representó un área de interés para México, relacionada fundamentalmente con la pretensión de resguardar su propia seguridad. El Caribe constituía el acceso natural a su territorio, por él se comunicaba con el mundo, por ahí cruzaban las rutas comerciales y se podían hacer presentes los afanes de reconquista españoles o los de expansión de otras potencias. Era una zona de frontera y, como región limítrofe, en ella se definía también la seguridad nacional. Si bien en ciertas ocasiones la defensa implicó una respuesta militar -o por lo menos planes de invasión- lo que caracterizó a la política exterior mexicana fue la defensa diplomática de una soberanía e integridad discutidas varias veces por la fuerza. Ese sistema de defensa se basó en el despliegue de una intensa actividad apoyada en el uso de redes de información. Primero, los agentes oficiales y los secretos se encargaban de esa función, después, a partir de la posguerra los cónsules tuvieron como responsabilidad primordial enviar informes políticos y económicos detallados, muchas veces en cifra “por su importancia y por la mucha reserva que se merece”. En esta tarea destacaron Buenaventura Vivó y Andrés Clemente Vázquez, dos cónsules adscritos a La Habana. También fue un elemento importante, la búsqueda de alianzas con países europeos, principalmente España (por la coincidencia de intereses respecto a Cuba) para enfrentar las amenazantes ambiciones norteamericanas por territorios nacionales, y por la región caribeña considerada su zona de seguridad natural. Evidentemente, se buscaba preservar la seguridad, integridad y soberanía nacionales lo que no quiere decir que hubiera una actitud defensiva presente sólo en caso de ataque. A lo largo del siglo, hubo un despliegue de actividad preventiva. Podemos afirmar, entonces, que cuando un país, por su desarrollo y condiciones, debe asumir una actitud defensiva, no significa que ésta deba ser pasiva.

Ciertamente una de las relaciones más intensas se dio con Cuba, por estar ubicada a las puertas del territorio mexicano y ser la isla más ambicionada por los Estados Unidos. No obstante, el interés de México fue por la región en su conjunto, como espacio estratégico, ya fuera como barrera o como vía de comunicación.

³⁸ A.C. Vázquez a Ignacio Mariscal, reservado, 8 de febrero de 1897, AHSREM, Exp. LE 524, f. 111.